

EN PLENA TEMPESTAD

BOMBAS, medidas gubernamentales de emergencia para luchar contra el IRA, amenaza y recesión económica y de paro obrero, luchas intestinas en el seno de los principales partidos políticos. ¿Está Inglaterra al borde de un desastre sin precedentes en su historia? Según Edward Heath, líder de la oposición conservadora, la hecatombe sólo podría evitarse mediante el retorno de los conservadores al poder. Los laboristas, sin embargo, no tienen la más mínima intención de convocar a elecciones generales en un futuro inmediato para dar gusto a la oposición de Su Majestad. Su mayoría absoluta en la Cámara, aunque exigua, es suficiente en principio para gobernar durante unos cuantos años sin temor a verse derrotados en una votación de confianza. Por otra parte, la oposición, en este parlamento, está tan dividida entre nacionalistas escoceses y galeses, unionistas de Irlanda del Norte, en desacuerdo en algunos puntos sobre la nacionalidad con sus antiguos mentores políticos, los conservadores y liberales, que aun en el supuesto de que el partido laborista perdiera en elecciones parciales los tres escaños que le dan la mayoría absoluta, los partidos de la oposición difícilmente encontrarían terreno común para votar en bloque contra la Administración del señor Wilson. Pero esto no quiere decir que las cosas vayan viento en popa en el seno del laborismo. En la plenaria anual del partido, que se clausuró en Londres el sábado pasado (30 de noviembre), Harold Wilson, por primera vez desde las elecciones, proclamó ante sus correligionarios que «... tanto en el sector público o en el privado, son los salarios los que están ahora echando leña a la hoguera inflacionaria», una declaración que bien pudiera haber salido de la boca del propio señor Heath. Volvió a la carga con su metáfora favorita pro y poselector, advirtiendo que «si se impone la ley de los poderosos —los sindicatos y las grandes empresas capitalistas—, el contrato social podría quedar reducido a nada». El contrato social sigue siendo la piedra angular de la política gubernamental laborista, y así lo reafirmó el primer ministro en varias ocasiones durante su discurso, al tiempo que atacaba a la «city» de Londres por sus pronósticos apocalípticos sobre el futuro de la economía británica y a la empresa privada por su inveterada renuencia a invertir en bienes de capital. Pero si el contrato social es todavía la piedra angular de la política gubernamental labo-

rista, las huelgas recientes en pro de aumento de salario por encima de la tasa anual de inflación, parecían indicar que ha dejado de serlo para algunos sindicatos (transporte, funcionarios públicos, etcétera). Los mineros, por su parte, rechazaron hace poco un plan de la Junta Nacional del Carbón destinado a sustituir el actual sistema de paridad salarial entre todas las cuencas mineras del país por un esquema basado en bonos de productividad. Han advertido, además, que su próxima demanda de reajuste podría llegar hasta el 30 por 100 (la tasa de inflación oscila, según el mes y el tipo de estadística que se elija, en el 18 y el 20 por 100 anuales). ¿a qué se debe, pues, que esos mismos sindicatos que en septiembre prometieron atenerse a los términos del contrato so-

to se diluye considerablemente. Las nacionalizaciones prometidas en otro tiempo, por ejemplo, se han aplazado ahora sine die; la creación de una Junta Nacional de Empresas como instrumento para llevar a cabo esas nacionalizaciones ha quedado por el momento desvirtuada ante la entrega, prácticamente sin condiciones, en el presupuesto del 11 de noviembre, de mil quinientos millones de libras al sector privado para sacar de apuros a los capitanes de industria. No ha de extrañar, por tanto, que los sindicatos más militantes se declaren ahora libres de las responsabilidades contraídas en septiembre al aceptar el contrato social. El gobierno, alegan, no ha cumplido con la parte que le correspondía. En el esfuerzo parlamentario, esta situación ha repercutido en un alejamiento cada vez

ría, lo que equivalió a una moción de censura contra el gobierno pidiendo el rechazo sistemático de cualquier medida adoptada por el Mercado Común que vaya en menoscabo de los intereses británicos.

El movimiento laborista, sin embargo, no está dispuesto, como podría parecer por lo expuesto en párrafos anteriores, a rodar y desintegrarse. Y todo, hay que reconocerlo, se debe en gran medida a la extraordinaria habilidad política de su líder, Harold Wilson. Heath, en cambio, con un partido tan dividido como el de Wilson, de lo único que ha dado muestra evidente es de una falta total de imaginación, limitándose a augurar un porvenir negro para Gran Bretaña y a reiterar cada dos o tres semanas su determinación a permanecer en la jefatura conservadora, no obstante el haber perdido tres de las cuatro últimas elecciones generales. Su futuro se decidirá dentro de poco, cuando el puesto de líder se someta a elección en el seno del llamado Comité de Mil Novecientos Veintidós, que agrupa a todos los parlamentarios conservadores. La señora Thatcher, ex ministro de Educación y representante del ala derecha del conservadurismo, ha declarado ya su intención de presentarse como candidato. Le apoyan, además de los conservadores tradicionales, los sectores monetaristas y de tendencias neofascistas que últimamente han adquirido considerable fuerza dentro del partido. Los «futurólogos» pronostican la derrota de Heath, si no en la primera vuelta, que podría resultar en una mayoría no decisiva entre Heath y Thatcher, sí en la segunda, con un nuevo candidato frente al actual líder. Se menciona para esa eventualidad a otra de las figuras destacadas del ala derecha, el señor Edward Du Cann, presidente del Comité de Mil Novecientos Veintidós. De momento, sin embargo, el impacto de las bombas del IRA en Birmingham y Londres y la aprobación de las medidas de emergencia para luchar contra el terrorismo han dejado en segundo plano la lucha intestina de los antiguos partidistas, tanto en el ámbito socialista como en el laborista. Y vuelven, pues, la inflación y los partidos divididos, y una nueva legislación antiterrorista, que limita sus derechos civiles por primera vez desde la segunda guerra mundial. El británico da la impresión de haberse resignado a esperar en su casa a que alguien le diga por televisión que el temporal ha empezado a amainar. Y lo más probable es que tenga que esperar durante bastante tiempo. ■



A pesar de las apocalípticas declaraciones del jefe de la oposición, Mr. Heath, en el sentido de que sólo el retorno al poder de los conservadores podría salvar al país de la hecatombe, los laboristas no tienen la más mínima intención de convocar nuevas elecciones. (En la foto, Mr. Wilson.)

cial hayan empezado ahora a funcionar por su cuenta? Aunque se esgrimen numerosos argumentos de tipo económico para justificar los reajustes inflacionarios (y a menudo es el propio gobierno quien trata de justificarlos para mantener ante el electorado una apariencia de normalidad), la realidad es muy distinta. Y aquí, la historia se repite: el laborismo presenta un programa radical de socialización de la economía en su manifiesto electoral —más radical en estas últimas elecciones que en cualquiera de las anteriores—, pero cuando llega la hora de ponerlo en práctica, el peso del capitalismo se hace sentir, y el socialismo contenido en el manifiesto

más notable, aunque el centro y la derecha del laborismo por un lado (de tendencia social-demócrata) y el grupo Tribune, hoy con más de ochenta diputados y dispuesto más que nunca a luchar por la implantación de un verdadero socialismo en Gran Bretaña. Este grupo, pese a haber engrosado sus filas de modo sustancial en fecha reciente, no representa todavía más que un 25 por 100 de la bancada oficialista, pero es, en cambio, quien lleva la voz cantante en la base del partido. Y esto lo demostró el viernes pasado (se refiere al día 29) en otra de las sesiones de la plenaria, al aprobar la asamblea laborista, si bien es cierto que por una escasa mayo-

EDUARDO DE BENITO.